

territorios «que están sometidos a los suizos y grisonos o son aliados suyos». Bonhómini debía hacer personalmente la visita pastoral y ejecutar los decretos del concilio de Trento en estos territorios y diócesis, para lo cual recibió extensas facultades (1).

Al mismo tiempo Gregorio XIII dió aún otro paso importante para la renovación eclesiástica de Suiza, erigiendo en Milán el Colegio Helvético.

En este establecimiento, que estaba sujeto al prelado de Milán que por tiempo fuera, se debían instruir y formar para sacerdotes ejemplares por lo menos cincuenta jóvenes de Suiza y los Grisonos. Fué de nuevo San Carlos Borromeo quien movió al Papa a dar este paso extraordinariamente importante para la ejecución de la reforma católica. Lo que era el Colegio Germánico en Roma para Alemania, esto debía ser el Colegio Helvético en Milán para Suiza: un plantel para la formación de un clero bien instruido y lleno de celo de las almas. El Papa señaló para dicho establecimiento una suma anual de 2400 escudos, y aprobó la aplicación del prebostazgo de los humillados del Espíritu Santo con todos sus huertos, edificios y rentas. El colegio recibió todos los derechos y grados de una universidad; de la enseñanza se encargaron los jesuitas (2).

Después que Bonhómini hubo hablado personalmente en Milán con Borromeo y en Como con Volpi, se puso en camino para su círculo de acción. Puede decirse con razón, que comenzó una nueva época en la historia eclesiástica de Suiza, cuando el insigne representante de la reforma católica a principios de julio de 1579 bajó de las alturas del San Gotardo. En la comitiva del nuncio se hallaban el canónigo milanés Bellini como auditor, el canónigo Caresana de Vercelli como secretario y el

(1) V. *ibid.*, 325 s.; cf. 340 s. las cartas credenciales para los siete cantones católicos, fechadas a 27 de mayo de 1579. En la bula en que se contienen las facultades del nuncio de 1.º de enero de 1580 (*ibid.*, II, 1 s.), es designado Bonhómini como ad Helvetios, Rethos et Sedunenses eis que subiectos et confederatos ac in Basiliensi et Constantiensi dioecesisibus noster et Ap. Sedis nuntius cum potestate legati de latere.

(2) Cf. la página 231 de nuestro vol. XIX; Mayer, II, 60 s.; Wymann, San Carlos Borromeo, etc., Stans, 1903. En Steffens-Reinhardt, I y II, se ilustran los orígenes del colegio con nuevos documentos. V. además Wymann en el *Amigo de la historia de Suiza*, LII, 294 s., LIII y LIV *pássim*. Un grabado del grandioso edificio, que sirve ahora de Archivo del Estado (Palacio Helvético), puede verse en Wymann, El cardenal Borromeo y sus relaciones con la antigua Confederación Helvética, Stans, 1910, 92, 123, 127. Sobre la visita del Colegio Helvético, hecha por Borromeo en marzo de 1583, v. Hojas de la Suiza católica, 1896.

jesuita Wolfango Pyringer, austríaco, como intérprete y predicador (1).

Bonhómini apresuró su viaje de manera que todavía compareció a tiempo en Baden de Argovia para la dieta helvética. El 10 de junio entregó allí sus cartas credenciales de nuncio pontificio al diputado de los siete cantones católicos, acto en el cual hizo notar que su misión, lo mismo que la fundación del Colegio Helvético, era una nueva prueba de la benevolencia del Papa, tantas veces acreditada.

Las peticiones que presentó a la asamblea se referían a tres puntos: primeramente intervención en favor de los católicos de la Valteлина, cuyo maltratamiento por la supresión de la predicación católica y por la ilimitada libertad de la protestante había él podido conocer el año pasado siendo visitador; en segundo lugar, agregación a su comitiva de algunos señores de los cantones católicos para su misión a Coira y Sion, y en caso necesario también para su actividad en otras partes; y en tercer lugar, detenida información sobre los abusos y escándalos del clero regular y secular, cuya supresión era su principal encargo (2).

El 16 de julio comenzó Bonhómini por la visita pastoral de la ciudad de Lucerna, para la cual se puso en inteligencia con el concejo. A fin de poder dar cima más rápidamente a su trabajo, lo repartió entre él y sus acompañantes. Después que se hubo visitado también el territorio de Lucerna, el nuncio se trasladó a Unterwalden, donde fué huésped de Lussy en la casa de Winkelried, y de allí a Uri y Schwyz. Recibido en todas partes de la manera más honorífica por las autoridades, instó ante todo a que se desterrase el concubinato y a que se llevase el traje clerical. Algunas murmuraciones esparcidas por los eclesiásticos culpables pronto conoció el pueblo que no eran sino calumnias (3).

Bonhómini se vió en una situación difícil por razón de que los de Schwyz con violación del Derecho canónico habían echado a la cárcel al abad Heer de Einsiedeln por delitos de inmoralidad. A consecuencia de ello habían incurrido en excomunión, la cual no obstante Bonhómini tuvo la prudencia de no pronunciar. Resolvió el asunto, llevando al abad a Einsiedeln, recluyéndole allí en su aposento, disponiendo su suspensión y abriendo contra él el proceso canónico. Los de Schwyz se

(1) V. Steffens-Reinhardt, I, CDXIII ss., II, x. Sobre Pyringer cf. *Sommervogel*, VI, 855.

(2) Steffens-Reinhardt, I, 388 s.

(3) Steffens-Reinhardt, I, 396 s., 417, 431.

excusaron por el prendimiento, en vista de lo cual Bonhómini los absolvió (1).

La visita de Schwyz transcurrió mejor que en otro cantón alguno. Bonhómini visitó luego aun a Zug; al párroco de allí le calificó del mejor clérigo que hasta entonces había hallado en Suiza (2). En oposición a los clérigos muchas veces profundamente relajados, tributó el nuncio a los legos de los cantones católicos grande alabanza, diciendo que aunque no estaban exentos de codicia y embriaguez, llevaban por lo demás una vida irreprochable y manifestaban fervientes sentimientos católicos. Que sus flaquezas se explicaban por los agasajos de que los colmaban todos los príncipes, y por la falta de dirección moral por parte de los clérigos, los cuales daban frecuentemente mal ejemplo. Con tanto mayor diligencia atendía Bonhómini a corregir a éstos; la dilación de la reforma, como pedía Lucerna, fué por él denegada. Hizo muy buena impresión el que el representante del Papa, aunque al principio padecía falta de dinero, concediese gratis todas las dispensas y gracias (3).

Desde las comarcas puramente católicas fué ahora Bonhómini a las que tenían una población mixta de católicos y protestantes, y ante todo a Argovia y Turgovia. Halló allí en muchas partes circunstancias indeciblemente lamentables. De los once canónigos de Zurzach vivían diez en concubinato, pero prometieron la enmienda. En Rheinau fuera del abad sólo había tres monjes; el abad no sabía latín (4).

Desde Rheinau quería Bonhómini dirigirse a San Galo. Pero el abad de allí, Joaquín Opser (5), por temor de un motín de los numerosos protestantes, creyó haberle de exhortar a proceder con cautela: «No estamos en Italia, ni tampoco en los cinco cantones», le escribía. Bonhómini respondió que no sabía lo que debía decir a una carta tan poco digna, pero que había de advertirle que el abad no tratase con menosprecio la ayuda que la Santa Sede le ofrecía (6).

(1) V. *ibid.*, II, xi.

(2) V. *ibid.*, I, 431.

(3) V. *ibid.*, 447, 452 s., 462.

(4) V. *ibid.*, 481. Todavía en 1584 exhortó San Carlos Borromeo a los prebendados de Zurzach a reformarse a sí mismos y a reducir a la Iglesia a los habitantes de Kadelburg; v. Archivo diocesano de Friburgo, XI, 239 ss.

(5) Sobre el digno predecesor de Opser cf. E. Ziegler, Otmar II, abad de San Galo. Aportación a la historia de la contrarreforma en Suiza, Zurich, 1896.

(6) V. Steffens-Reinhardt, I, 467, 472.

A principios de septiembre Bonhómini interrumpió su viaje de visita con una permanencia de seis días en Constanza. Allí conferenció con Ninguarda sobre los negocios de Suiza y de los Grisones, así como también sobre la situación eclesiástica de la misma Constanza, y convinieron en proceder de un modo uniforme en la visita pastoral. De la acción de Ninguarda recibió una buena impresión; visitó con él el monasterio de monjas de Münsterbingen y la antigua abadía benedictina de Reichenau, y le ayudó también en la deposición del abad Funck de Petershausen. La resistencia que halló en sus esfuerzos por introducir la clausura en Münsterbingen, disgustó mucho a Bonhómini. «Por parte de los protestantes, relatada a Roma, no se me han puesto hasta ahora dificultades. Estas han procedido del clero secular y de los religiosos. Y ahora comienzan las monjas; pero Dios es más poderoso que todos ellos.» (1)

Bonhómini hubo de aplazar la visita del monasterio de San Galo, pues el abad se excusó con que había de ir a tomar baños, y cuando al fin compareció, no permitió que se le hablase. El nuncio visitó en el territorio de la abadía varias parroquias y monasterios. En dos conventos de monjas halló no sólo, como en todas partes, que no se observaba la clausura, sino también que no se rezaba absolutamente el breviario. «¡Cuán grande es ciertamente la negligencia de los superiores eclesiásticos en estas cosas! — exclama el celoso discípulo de Borromeo en una de sus cartas. — El concilio de Trento es aquí desconocido. Los monasterios de monjas me darán todavía mucho que hacer. Pero con la ayuda de Dios espero vencer todas las dificultades.» (2)

Después del fatigoso viaje por el cantón de Turingia, Bonhómini fué apresuradamente a Pruntrut a verse con el obispo de Basilea, Blarer de Wartensee, el cual, como se dice en una relación a Roma, «no es como los demás, sino muestra un piadoso anhelo de avistarse conmigo». Uno de los puntos principales de las conferencias de Pruntrut fué el plan de una alianza de Blarer con los cantones católicos, concertada la cual debía efectuarse el restablecimiento de la antigua fe en los territorios del obispado de Basilea que habían abrazado el protestantismo (80 pueblos con 40000 almas). La circunstancia anómala de que Blarer no residiese en su diócesis, aconsejó Bonhómini que terminase, siendo separada Pruntrut de Besançon y unida con Basilea.

Una tentativa del nuncio, hecha desde Pruntrut, para reformar el relajado monasterio cisterciense de Lützel, en Alsacia, fué por consecuencia, no sólo largas contiendas con los monjes, sino también con los funcionarios del archiduque Fernando del Tirol, que veía en el

(1) V. *ibid.*, 486.

(2) V. *ibid.*, 489.

proceder de Bonhómini un atentado a sus derechos de príncipe soberano (1).

A principios de octubre el nuncio estuvo en Soleura, donde visitó en la ciudad y en las aldeas, predicó y procedió contra dos concubenarios (2).

Después que Bonhómini hubo encontrado tantas dificultades, su gozo fué tanto mayor, cuando halló completa inteligencia para su obra en Friburgo del país de Avenches, adonde llegó el 10 de octubre. No sólo el recibimiento de la ciudad fué tan honorífico y grandioso como en ninguna otra parte; más importante fué el haber encontrado el nuncio una persona de sus mismos sentimientos en el preboste Pedro Schnewly (3), insigne por su virtud y erudición, el cual apoyó con el mayor ardor su acción reformadora. A pesar de la peste, Bonhómini visitó numerosos lugares de la comarca de Friburgo; pero hubo de diferir para más tarde el acabamiento de su visita, porque negocios urgentes le llamaron a Lucerna (4). En la dieta allí convocada se debían examinar las graves acusaciones que los clérigos de Uri, Schwyz y Unterwalden habían dirigido en septiembre de 1579 contra el representante del Papa. A vista de la magnitud de los males pudo Bonhómini haber usado acá y acullá de excesiva severidad (5), pero en lo esencial su proceder estaba del todo justificado y las querellas contra él presentadas no eran más que pretextos; la verdadera causa de la oposición tenía sus raíces en sus ordenaciones contra el concubinato; a lo cual se agregaba el sentimiento democrático de independencia que llevaba pesadamente la ingerencia de un extranjero.

Cuán débilmente estaban fundadas las quejas dirigidas contra Bonhómini, se conoce claramente por el documento extraordinaria-

(1) V. *ibid.*, 489, 543 s., 553 s., II, XII-XIII; Crónica Cisterciense, XXI (1909), 84 ss.

(2) V. Steffens-Reinhardt, I, 556.

(3) Las cartas de Bonhómini a Schnewly, la fuente más importante para la entrada y establecimiento de los jesuitas en Friburgo, las publicó Berthier en la *Revue de la Suisse cath.*, 1894. El tratado de Schnewly sobre el Estado y la Iglesia fué editado por Holder en el *Archivo de derecho canónico católico*, LXXIX (1899), 291 ss., 425 ss., LXXX (1900), 18 ss. Sobre Schnewly mismo cf. Brasey, *Le chapitre de l'insigne collégiale de St. Nicolas à Fribourg*, Friburgo, 1912, 42 ss.

(4) V. Steffens-Reinhardt, II, XIII.

(5) Cf. la Crónica Cisterciense, XXI, 16, 123 s.

mente característico que lleva por título: «Quejas y demandas del común de los sacerdotes en los tres cantones de Uri, Schwyz y Unterwalden» (1). El «obispo extranjero», se dice aquí, afirma ciertamente querer poner en ejecución las ordenaciones del concilio de Trento, pero en realidad de verdad, sus reformas se enderezan contra dicho concilio, el cual pone la reforma en manos del obispo diocesano. Este es el prelado de Constanza, el cual no se cuida de su diócesis; pero por su obispo auxiliar querían dejarse reformar de buena gana, mas no por un extranjero, y menos por un italiano; pues éstos sólo intentaban bajo pretexto de visita pastoral explorar las riquezas de los alemanes en los Alpes! A esto sigue la afirmación no menos contraria a la verdad, de que Bonhómini había exigido dinero por sus indulgencias, como los vendedores de ellas en tiempo de Lutero. Es interesante la manera como trata esta memoria el punto principal: la ejecución del celibato. Dicese en ella, que no era posible en las actuales circunstancias renunciar al servicio de las mujeres en las casas de los párrocos y beneficiados, pues ningún clérigo puede por sí mismo recaudar sus rentas, que consisten en su mayor parte en diezmos de los productos naturales, ni cuidar de su huerta y casa. Que no negaban que el concubinato era un escándalo y pecado, pero que ¡no a todos era dado vivir castamente! Que era necesario usar de indulgencia, porque no habían sido educados para una mejor vida sacerdotal. Al fin de la querella se solicita lisa y llanamente que las autoridades civiles expulsen al «obispo extranjero». Y añádese que si se les quería imponer a este italiano, ¡preferirían emigrar todos juntos!

La conducta de Bonhómini contra esta querella, que el escribano del ayuntamiento de Lucerna, Renward Cysat, calificó acertadamente de «demanda injuriosa y ajena de sacerdotes», fué muy digna. En primer lugar participó el 29 de octubre a los enviados de los siete cantones la resolución del Papa, de tener después de su partida un nuncio permanente en Suiza, para promover los intereses religiosos. Luego pasó a las quejas dirigidas contra él por parte de los clérigos recalcitrantes. Dijo que su primer pensamiento había sido no dejar impune semejante proceder. Pero que tras madura deliberación había resuelto perdonar, y rogaba también a los congregados que prescindiesen del castigo. Que en cambio con su propia plena autorización se podían examinar las querellas presentadas contra él, y enviar el resultado al Papa, para que decidiese como único juez legítimo. Después vino Bonhómini a hablar de los puntos que eran la causa de los males: el concubinato de los sacerdotes, la usurpación de la jurisdicción criminal sobre los eclesiásticos, la negligencia de la clausura en los monasterios de monjas y la colación anticanónica de los beneficios eclesiásticos. Indicó que el mal nombrado en segundo lugar estaba ya remediado. Tanto más urgentemente pidió Bonhómini ayuda para combatir el concubinato del clero. En este punto amonestó de un modo especial

(1) El texto alemán y latino puede verse en Steffens-Reinhardt, I, 495 s.